EL TRISTE DECLINAR DEL GENERAL SANTA ANNA

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE MEXICO

Por el Dr. Manuel B. Trens

En la tiramira de documentos que a continuación publicamos, encontrarán los estudiosos de nuestra historia la secuela de las agitaciones, inquietudes, reveses, conspiraciones descabelladas de una mentalidad senil, penurias y miserias, hasta el completo olvido de que fué objeto en sus últimos días el general D. Antonio López de Santa Anna. El período que abarcan los documentos comprende desde la caída del Imperio hasta su muerte, acaecida el 21 de junio de 1876.

He aquí los documentos:

Declaración jurada del capitán del vapor "Virginia" de los Estados Unidos del Norte, y de los individuos presentes, sobre el atentado cometido contra la persona del Excmo. Sr. general D. Antonio López de Santa Anna, que se encontraba a bordo del "Virginia", anclado en el fondeadero de Veracruz al pie del Castillo de San Juan de Ulúa, y al costado del vapor mexicano de guerra "Tabasco".

El viernes 7 del corriente, a las tres y media de la tarde, repentinamente atracó al costado del vapor "Virginia" una falúa del vapor de guerra inglés "Jason", surto en el fondeadero de la Isla de Sacrificios, tripulado con trece marineros y dos oficiales superiores, el comandante del "Jason", Murray Aynsley, y el del vapor de guerra de los Estados Unidos F. A. Roe. Este preguntó al capitán del "Virginia" Deaken, por el Sr. Santa Anna, y el capitán contestó: "ahí tiene usted al Sr. general Santa Anna", quien se encontraba sentado en la popa del buque. El comandante Roe pidió un intérprete, y el Sr. D. Eduardo

E. Austin, contador del buque, se presentó luego. Aquél, por medio de éste, dijo al general Santa Anna que le invitaba a que pasase a bordo de su buque anclado en Sacrificios. El general, sorprendido con semejante invitación por una persona con maneras descomedidas y a quien no conocía, le preguntó el objeto de aquella invitación, y rudamente se le contestó: que si no accedía de grado, iría por fuerza.

El general, con entereza, dijo: que no reconocía derecho alguno para un acto de esa clase con un hombre libre que residía fuera de su jurisdicción, y en los momentos en que se preparaba para bajar a tierra, a su suelo patrio, donde se le aclamaba por sus conciudadanos. Entablóse un altercado bastante animado, de manera que el comandante inglés Aynsly, amonestó al americano a que emplease con el general un lenguaje más comedido. Rehusando el asiento que el general Santa Anna les había ofrecido al presentárseles, volvió a ocupar el suyo, e insistió para que se le explicasen los motivos de aquellos extraños procedimientos. El comandante Roe tomó entonces la palabra y con tono airado, dijo: que no tenía explicaciones que dar, y que entendiera el general que era una orden perentoria la que le intimaba, y no cumplimentándola luego, haría llevarlo por la fuerza. En efecto, algunos marineros de la falúa se presentaron al general en actitud amenazante. Las personas de su séquito, sorprendidas de lo que pasaba, se interpusieron e hicieron comprender al general lo que se intentaba perpetrar. Este, con la energía y dignidad que le son características, protestó contra semejantes actos de violencia y arbitrariedad en su propio país, en un puerto mexicano, a la vista de su pabellón y presencia de las autoridades mexicanas. Como los hombres del vapor inglés "Jason", tomasen una actitud apremiante, uno de los ayudantes del general, el comandante del "Nostite", se le acercó y en voz baja, dijo: "mi general, creo prudente que usted se apoye en mi brazo y se deje conducir a la falúa, antes que consentir

que las manos de esos hombres se pongan sobre su persona". A tanta violencia, el general cedió y entró en la falúa inglesa acompañado de su intérprete D. Eduardo Gottlieb y de su ayuda de cámara, conduciéndole a la estación de Sacrificios a bordo del vapor de guerra "Jason".

El general Santa Anna, antes de partir, encargó a uno de sus ayudantes, que pusiese todo lo ocurrido en conocimiento de su secretario el Sr. coronel D. Luis de Vidal y Rivas, quien se hallaba en la plaza de Veracruz. Advertido éste de lo que pasaba, se dirigió a la habitación del Sr. comisario D. Domingo Bureau, y le informó de todo, pintándole vivamente la gravedad del desacato que se acababa de consumir a vista y presencia del pueblo y de las autoridades mexicanas. El señor comisario le contestó: que de oponerse, podría resultar ser bombardeada la plaza por los buques que aquellos señores mandaban. El Sr. Vidal y Rivas pasó a verse con el Sr. cónsul de los Estados Unidos, Eliseo Saulnier, a fin de protestar ante él por un hecho tan atentatorio. Pero el cónsul se limitó a manifestar que se había obrado sin su consentimiento, y que le acababan de asegurar que el general Santa Anna sería puesto en libertad al otro día.

Al capitán del "Virginia" se le dió orden para que al siguiente día zarpase de Veracruz dirigiéndose a Sacrificios, donde recibiría a su bordo al general Santa Anna, y así se realizó, siendo transbordado a las doce y media y a la una del día salimos de Sacrificios, siguiendo nuestras aguas el vapor de los Estados Unidos "Tacony".

El vecindario de Veracruz, lo mismo que la guarnición de la plaza y de las fortalezas, han quedado profundamente resentidos de este acontecimiento, juzgándolo vejatorio a la dignidad del pueblo, directamente atacado con el ultraje hecho en su presencia a una persona tan popular como lo es allí el general Santa Anna, y en momentos en que era pública la voz en la ciudad, que se habían levan-

tado actas por las autoridades para aclamarlo y recibirlo como un caudillo distinguido de la independencia, estimado sin distinción de partidos, y cuyo acto se quiso evitar por medio del atentado relacionado, alejándolo de su patria.

El general Santa Anna aguardaba precisamente en el "Virginia" aquellas actas para proclamar la república, y que se volviera así el régimen establecido por la nación, evitándose el derramamiento de sangre y restableciendo la paz. Las autoridades habían estado varias veces a visitarlo a su bordo y el contento y la confianza se retrataba en los semblantes de toda aquella sociedad.

Cada una de las personas que firman son responsables de lo que presenciaron.

Firmado a bordo del vapor "Virginia", en viaje para Sisal, a 8 de junio de 1867.—John Deaken, capitán.—Eduardo E. Austin, contador.—George Slvam, primer piloto.—Thomas M. Deaken, segundo piloto.—G. G. Wilson, primer ingeniero.—L. G. Vidal y Rivas, secretario de S. E.—J. B. de Nostlitz, comandante de Estado Mayor.—L. Luttvitz, capitán.—Eduardo Sattied, intérprete.

Diálogo entre el comandante F. A. Roe del vapor de guerra "Tacony" y el general Santa Anna, a bordo de dicho buque, por medio del intérprete D. Eduardo Gottlieb.

—Comandante Roe.—General, aquí tenéis mi cámara; en ella quedaréis bien acomodado y podéis pedir cuanto se os ofrezca.

—General Santa Anna.—Gracias, comandante; pero antes de todo quiero saber ¿por qué me habéis sacado tan violentamente de mi residencia en el "Virginia", y estorbado así bajar a tierra como iba a hacerlo? Sin que este-

mos en guerra, ¿por qué me habéis convertido en un prisionero?

—Comandante.—No, general, no estáis prisionero: yo he querido evitar que se derrame sangre en Veracruz, cuando en el país se ha derramado bastante.

—General.—Pero ¿con qué facultad y derecho se procede así contra mi persona, cuando soy un mexicano que vengo a mi patria después de larga ausencia, y con la intención de servirla como siempre, y ahora como un mediador para el establecimiento de la paz?

—Comandante.—Se ha dicho en la ciudad que el general era enviado por mi gobierno; refiriéndose a una conversación del mismo general con el cónsul americano ante el cónsul inglés, y yo he creído deber hacer conocer lo contrario, estando en inteligencia con el general Benavides.

—General.—No es cierto que haya yo empleado la palabra de enviado cuando el gobierno de Washington no puede emplearme, ni yo me sometería a mandatos de un gobierno que no sea el mío. Tenía noticias que el cónsul americano se explicaba mal, con el designio de impedir mi bajada a tierra; y me pareció conveniente tranquilizarlo e inclinarlo a la neutralidad que le correspondía; con tal intento, sustancialmente le dije: que mi misión era de paz enteramente, y que su Presidente no era extraño a mi visita ni a mis intenciones.

—Comandante.—Bien, pero con vuestra presencia se ha evitado que la plaza se haya entregado al general Benavides que asedia, estando en esto de acuerdo el comisario Bureau.

—General.—¿Y qué interés tenéis en que la plaza obedezca a tal o cual mexicano, no teniendo derecho alguno para mezclarlos en los asuntos del dominio sólo de los me-

xicanos? Dudo que vuestro Gobierno, apruebe vuestra conducta, y más, el atentado que habéis cometido esta tarde contra mi persona; porque entretanto me preciseis a permanecer en este buque, me considero como verdadero prisionero.

—Comandante.—Yo he procedido como me ha parecido conveniente, dijo incómodo el comandante: no tengo que dar más explicaciones; y se puso en pie.

—General.—Bien, usáis de la fuerza, no tengo cañones rayados; por consiguiente, me tenéis a vuestra disposición.

—Comandante.—General, pasad buenas noches; allí tenéis mi propia cama para descansar, cuanto se ofrezca pedido; y quitándose su gorro hizo un cortés saludo.

El general Santa Anna pasó lo más de la noche sentado en un sillón; nada tomó de lo que se le ofrecía. Al otro día a las diez, se le intimó por un oficial que podía reembarcarse en el "Virginia", acabado de llegar al fondeadero de Sacrificios con este objeto; pero que se le advertía que no podía ir a Veracruz, no obstante que se le esperaba, sino a Sisal o a La Habana, o bien a los Estados Unidos, supuesto que el buque se dirigía a esos lugares.

El general, con enfado, volvió a protestar sobre la violencia que se le hacía en todo, anunciando que pondría en conocimiento del gobierno de Washington tanto ultraje, y pediría la reparación consiguiente, sin omitir la publicación de unos hechos tan escandalosos; y se embarcó en seguida en el "Virginia", en el que ha llegado a esta ciudad. A bordo del vapor "Virginia", a 8 de junio de 1867. El intérprete de S. E. el general Santa Anna, Eduardo Gottlieb.

Excmo. Señor General D. Antonio Taboada.—Veracruz.—A bordo del vapor "Virginia" frente a Sisal. Ju-

nio 11 de 1867.—Muy señor mío y estimado amigo.—Los pasajeros que se embarcaron en este buque nos han manifestado el descontento general de los habitantes de esta plaza; y yo mismo al dejar el muelle tuve el sentimiento de verles rodar las lágrimas a viejos soldados, resentidos del flagrante desacato, con felonía ejecutado.—La guarnición, como los habitantes de esta ciudad, han debido que- darse abismados, y en una expectativa de exaltación y de incertidumbre fáciles de comprender, cuando hemos sido testigos de las espontáneas sensaciones de entusiasmo y simpatía.

Al considerar, por otra parte, la decidida intención de ustedes y de los demás amigos que tenemos en esa, y al contemplar que la cuestión actual de México no tiene otro desenlace plausible, ni puede hallar otra garantía que la que íbamos a proporcionarle con nuestro caudillo, su prestigio, su nombre y su don de mando, es lo que nos hace escribir a ustedes para que sin pérdida de momento nos digan con franqueza si pueden mantener la situación hasta nuestro regreso, si efectuado esto, podemos contar con mejor éxito, para la realización de la empresa. Creo indispensable, muy necesario recomendar que ustedes no se dejen entregar a sus enemigos, teniendo presente que ellos no saben perdonar ni cumplir lo que ofrecen y que seguramente ustedes serían sacrificados cuando estuviesen desarmados. El medio más seguro, el único, es el que el general indicó a ustedes.—El lleva intención de regresar a ese puerto en un vapor de guerra o mercante, sin pérdida de momento. Que sirva a ustedes de gobierno para conducir las cosas. ¿Cómo es que no fuimos secundados por ustedes en la madrugada del 8 al 9, como les mandamos avisar con el propio? Como el mismo Sr. Bureau nos recomendó que hiciésemos todo por conducto de ustedes, así lo hicimos, pero también quedaron frustrados nuestros buenos deseos esta misma vez. Espero me escriban ustedes por el mismo conducto que reciban ésta, y por donde tendrá

también cumplido más allá de lo que todos debieran imaginarse. Y esto porque prevemos los resultados funestos del porvenir. Tengo siempre el gusto de suscribirme su adicto amigo y muy seguro servidor que le desea felicidades.—L. G. de Vidal y Rivas.—Sirvase Ud. cumplir con todos los amigos, sin olvidar al Sr. general Pérez Gómez, al Sr. General Herrán, etc., etc., recibiendo todos como usted, afectos del general, que no escribe, porque se halla indispuerto de un derrame de bilis.—Vale.

A bordo del vapor "Virginia" frente de Sisal. Junio 11 de 1867.—Muy señor mío de toda mi consideración: La favorable acogida que se sirvió usted dispensarnos en el éxito de nuestros trabajos, y la diferencia con que usted tuvo a bien dispensarme su confianza, me obligan a dirigirle mis letras, siquiera sea para mostrarme reconocido, suplicándole se sirva favorecernos con las suyas tomándose la molestia de tenernos al tanto de los sucesos y ver si aun podemos hacer algo en favor de nuestro desventurado país.

Esta carta irá por el vapor correo español que toca en ese puerto, y debo decirle que nuestro ánimo es seguir hasta La Habana para ver qué clase de apoyo directo o moral nos puede dispensar el capitán general Manzano, que es amigo antiguo, y debe comprender la urgencia del caso presente. Por conducto de la capitanía general espero, pues, se tome usted la molestia de contestarme para evitar extravíos. Dispense usted que le incluya esa tarjeta que es de las que usaba en los Estados Unidos, por no tener otra a la mano.

Mi principal molestia hoy, consiste en suplicarle se sirva mandar entregar la adjunta y recoger la contestación sirviéndose usted explorar el campo y decirnos con franqueza cómo ve las cosas y cómo se presenta la situación, los ánimos y hasta la disposición de los que puedan ayudarnos. Si están listos, si se ha de trabajar con éxito,

pronto nos tendrán frente a esa plaza, pero de lo contrario sería conveniente que se nos hablase sin ambages. Demasiado habrán conocido todos, que nuestro arribo a esa plaza fué no sólo oportuno y eficaz, sino necesario y hasta indispensable. Ojalá, créamelo usted, hubiera otra persona capaz de salvar la situación, yo le ayudaría en cuanto estuviese de mi parte; pero desgraciadamente no descubro esa persona. Hasta un mes podré conseguir que el general aguarde en Cuba, pero si no se obtuviese resultado, nada podrá evitar su regreso a San Thomas. Pero sería preciso que ahí se comprendiese, que no sólo nos colocaríamos en estado de asegurar la situación a los de la plaza de Veracruz, sino también levantaríamos el sitio, atrayéndonos a Benavides, y lo que es más, evitar los estragos de la plaza e ir inmediatamente en auxilio de los hombres esforzados que luchan en la capital por la salvación de sus vidas. ¡Ay de Veracruz! ¡Ay de México si por desgracia no somos comprendidos!

Nuestros temores son ahora, que un buque que aguardábamos en esa, procedente de los Estados Unidos, no encontrándonos en la plaza, vaya a estrellarse contra las demasías que están cometiendo los agentes de los Estados Unidos. Ya desde aquí dejamos tomadas nuestras medidas de precaución y vamos teniendo cuenta en la travesía; pero como hemos tenido dos noches de temporal, no sería extraño que nos hubiésemos cruzado sin descubrirnos. En tal eventualidad sería de desear, si el buque no pudiese hacerse a la mar y se empeñase en hacerlo desembarcar en esa, que el batallón de irlandeses fuese alojado en el Castillo y los rifleros en la plaza, mientras que regresamos para podernos internar con ellos y evitar que sean atacados de las dolencias endémicas y perniciosas de nuestras costas. En esa expedición, no sólo perderíamos su costo, que es de más de veinte mil pesos, sino la oportunidad del auxilio, sin contar ya las dificultades que hemos tenido que vencer para organizarla.

Agregaré a usted para su gobierno, que una persona de mi confianza estuvo en tierra con pliegos para usted el mismo día que nos embarcamos; pero no le encontraron en su casa y otras dos fueron a conferenciar con los amigos para combinar el éxito de nuestro regreso. En la madrugada del 8 al 9 estuvimos por más de dos horas a la espalda del Castillo, desde antes de las doce de la mañana, con las luces y señales conocidas, en los varaderos de La Galleguilla. El ruido que hicimos al desahogar la máquina y todos nuestros movimientos debieron ser oídos desde el Castillo. La mar era bella, aunque el tiempo algo nublado, ¿por qué no acudirían al lugar convenido? Hemos hecho cuanto de nuestra parte estuvo. Después de las dos horas de la mañana nos hicimos a la mar.

Hágame usted el favor de que ésta no salga del poder de usted a pesar de que no he querido ni aun poner su nombre comprometiendo su puesto.

Tengo el honor de suscribirme de usted muy adicto y seguro servidor que le desea felicidades y S. M. B.—L. G. de Vidal y Rivas.—En el sobre Sr. D. Carlos Rameau, cónsul de S. M. C. en Veracruz.

Son copias. Mérida, junio 19 de 1867.—E. Ancona.—Secretario.

Sr. D. Martín Peraza.—A bordo del vapor "Virginia" frente a Sisal, junio 11 de 1867.—Mi estimado compatriota y amigo.—Aprovechando la ida a esa del teniente coronel D. Hilario Méndez, tengo el gusto de dirigir a usted mis letras, después de tanto tiempo de interrumpidas nuestras comunicaciones, para saludarlo, y que sepa que lo tengo en mi memoria con la misma estimación de siempre.—El Sr. Méndez va informado de algunos pormenores ocurridos con mi persona enfrente de Veracruz, y él informará a usted de todo; sin embargo, adjunto a usted copia de la declaración jurada del capitán del vapor "Virgi-

nia" y demás individuos presentes, respecto del atentado que tuvo lugar la tarde del día 7 del corriente, contra mi persona.—Asimismo acompaño copia del diálogo que tuvo lugar entre el comandante del vapor americano de guerra "Tacony" y yo, a bordo de dicho buque, a fin de que se sirva usted mandar imprimir tan interesantes documentos para su circulación, entretanto que yo lo hago en La Habana y los Estados Unidos. Creo que usted participará de la indignación que me ha causado la provocación e insulto del comandante Roe, atenido a sus cañones, pues al fin es usted un buen mexicano, y no puede ser indiferente a los ultrajes que atrevidos extranjeros nos hagan, prevalidos de nuestra debilidad, producida por nuestras continuas disensiones.—Si no logro regresar a Veracruz inmediatamente en un vapor de guerra o mercante, quedaré algún tiempo en La Habana; sea en esta ciudad o en la de Veracruz, usted imponga las órdenes de su agrado a su afectísimo seguro servidor y amigo que le desea felicidades.—A. L. de Santa Anna.

P. D.—Va también adjunta copia de la alocución que me pareció bien dirigir a los yucatecos cuando me vi frente a Sisal, por si se hubieren extraviado los ejemplares que envié entonces. Si es del agrado de Ud., hágame el gusto de mandarle dar publicidad por la prensa.—Vale.—(Una rúbrica.)

Antonio López de Santa Anna, general de división de los ejércitos nacionales, benemérito de la patria, a sus ciudadanos:

¡Yucatecos! Encontrándome tan cerca de vosotros en viaje para el suelo patrio, me apresuro a saludaros profundamente conmovido, al contemplar el contraste inmenso entre lo que fuimos y lo que hoy somos.

Recordaréis que en los años de 1824 y 1825, tuve el honor de ejercer en esa Península la primera autoridad mi-

litar y política, y que recibí de vosotros demostraciones amistosas que nunca he podido olvidar.

Una mira patriótica me condujo, un año hace, a los vecinos Estados Unidos, buscando auxilios para favorecer a nuestros hermanos, que tan esforzadamente luchaban contra la fuerza invasora, que de una manera inexplicable procuraba la dominación de nuestro hermoso territorio.

No es de este momento explicaros los inconvenientes y las dificultades inesperadas que a mis nobles miras se ofrecieron. Pero habiendo desaparecido los franceses de aquella escena, otra muy diversa es la perspectiva y otros son los sinsabores y el conflicto de los mexicanos.

Desde Veracruz volveréis a recibir mis recuerdos; de allí dirigiré la palabra a nuestra nación; mientras tanto acoged con la benevolencia de otras veces mis indicaciones amistosas. Deponed vuestra actitud hostil de hermanos contra hermanos. Todos somos mexicanos, y es más razonable que nos entendamos pacíficamente: no os dejéis dominar de las malas pasiones. Mi misión entre nuestros hermanos es puramente de paz y concordia. En momentos supremos vengo a ofrecer una saludable mediación entre los miembros desacordes de la familia.

¡Yucatecos! Contribuid con vuestros patrióticos esfuerzos al buen éxito de mis inspiraciones, esencialmente mexicanas, seguros de que, poniendo cada uno de su parte un corto sacrificio, conseguiremos hacer que nuestra patria idolatrada disfrute nuevos días de honor, de prosperidad y de gloria.

A bordo del vapor "Virginia", en las aguas de Sisal, a 30 de junio de 1867.—A. L. de Santa Anna.

En periódicos de La Habana se han publicado estos documentos:

Señor director del Diario de la Marina.—Habana.—
Junio 20 de 1867.—Muy señor mío: Con motivo de los acontecimientos que han tenido lugar en los puertos de Veracruz y Sisal, con referencia a mi señor padre, y de que Ud. tiene tan exactamente informados a sus numerosos lectores, he dirigido al señor cónsul de los Estados Unidos de América, en esta capital, la protesta que incluyo a Ud. y que le ruego se sirva publicar en su acreditado periódico, pues como debe suponer, la ansiedad en que me tiene la situación peligrosa en que se encuentra el señor mi padre, me resuelve a procurar que por todos los medios posibles llegue a conocimiento del gabinete de Washington, pintado con sus verdaderos colores el escandaloso atentado a que me refiero, después de lo cual no dudo que tomará aquel gobierno la pronta y justa determinación que exige el caso.

Dando a Ud. las más expresivas gracias por su fina atención, quedo a sus órdenes atento, seguro servidor Q. B. S. M.—José L. de Santa Anna.

Señor cónsul de los Estados Unidos en La Habana.

El infrascrito, hijo del Sr. general D. Antonio López de Santa Anna, tiene el honor de dirigirse a Ud. para protestar enérgicamente contra los atentados que acaban de cometerse en la bahía de Veracruz y en el puerto de Sisal, en la persona del señor su padre.

Consta de los documentos que se han publicado en esta capital, de las correspondencias privadas y de los pasajeros, que el Sr. general Santa Anna llegó al puerto de Veracruz el 3 del corriente mes a bordo del vapor "Virginia" que enarbolaba la bandera norteamericana; y que mientras se decidía por las autoridades de aquella plaza si se le permitía o no desembarcar, fué extraído a la fuerza del "Virginia" y llevado en calidad de preso al vapor de guerra de los Estados Unidos "Tacony", cuyo coman-

dante, no sólo hizo personalmente la captura del Sr. general Santa Anna, sino que obligó a éste a reembarcarse en el "Virginia" para ser conducido a La Habana o a los Estados Unidos.

Consta también que al tocar el "Virginia" en Sisal para tomar flete, se acercó a dicho vapor una escuadrilla de lanchas cañoneras, que se dice están al servicio del Sr. Juárez; y el comandante de ella, Gómez, bajo la amenaza de hacer fuego en caso de resistencia, mandó quince hombres de infantería, que subieron armados a bordo del vapor, declararon preso al Sr. general Santa Anna y se lo llevaron consigo.

No es objeto del infrascrito, calificar el acto de la captura del señor su padre, ejercida a vista de su país natal por el Comandante del "Tacony". Se ha asegurado que dicho señor envió a su gobierno la explicación de su conducta, y por justificable que ésta parezca, bueno será conocer los fundamentos en que se ha apoyado para formar el juicio correspondiente.

Pero no pudo pasar por alto el atentado que se ha cometido frente a Sisal contra la persona del Sr. general Santa Anna. Este señor, no sólo por navegar en vapor norteamericano tenía derecho a contar con la protección de la bandera de los Estados Unidos, sino que obligado por la fuerza a transbordarse en el "Virginia" debía contarse como prisionero de aquella república, mientras no se le devolviese la libertad, y en tal carácter ser conducido sano y salvo a lugar en que hubiera derecho para pedirle explicaciones de su proceder, o más bien para satisfacerle por la tropelía contra él cometida.

Pero dejar extraer de un buque de los Estados Unidos al Sr. general Santa Anna por sus naturales enemigos, que se apresurarán a sacrificarlo a sus odios políticos, dejar insultar el pabellón de las estrellas por una horda

de piratas, son actos tan increíbles, que de no obtenerse pronta y eficaz reparación de tales atentados, sospechará todo el mundo que han sido consentidos o premeditados por una política hostil al señor su padre.

El infrascrito, ausente de su país hace más de once años, sin haber tomado el más leve participio en las convulsiones que durante esa época lo han afligido, sin afeciones ni odios por ninguno de los partidos que allí se disputan el poder, no se dirige a Ud., señor cónsul, animado por ningún interés político, sino por los nobles y legítimos sentimientos de su amor filial, de la humanidad y de la justicia. Confía, por tanto, en que Ud. se servirá elevar esta protesta al gobierno de los Estados Unidos, y recabar las medidas que sean necesarias para la seguridad y rescate de la persona del Sr. general Santa Anna.

Habana, junio de 1867.—Firmado: José L. de Santa Anna.—Señor cónsul de los Estados Unidos de América en La Habana.

He aquí la resolución que ha dado el gobierno.

Secretaría de Estado y del despacho de guerra y marina.—Sección 1ª.—Por el oficio de Ud., fecha 11 del actual, se ha enterado el ciudadano Presidente de la República del que le dirigió el ciudadano gobernador y comandante militar del Estado de Campeche, participando estar en esa plaza en calidad de presos el ex-general D. Antonio López de Santa Anna y D. G. de Vidal y Rivas, y en contestación me manda decir a Ud. el mismo ciudadano Presidente, prevenga al expresado gobernador y comandante militar del Estado de Campeche, ordene se forme la causa correspondiente al enunciado ex-general Santa Anna, con arreglo a la ley de 25 de enero de 1862; y aun cuando por un artículo de dicha ley pudiera procederse sin otro trámite que el de la identificación de la persona, el ciuda-

dano Presidente, en virtud de sus amplias facultades, se ha servido conceder que se proceda en la causa de que se trata con arreglo a los artículos de la propia ley, que permiten al reo exponer lo que faborezca a su defensa.

Respecto a D. G. Vidal y Rivas, dispone el ciudadano Presidente se conserve en segura prisión hasta que sobre él se resuelva lo conveniente.

Dígolo a Ud. para su inteligencia y cumplimiento.

Independencia y Libertad. Chapultepec, julio 14 de 1867.—Mejía.—Ciudadano general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente.—México.

“El Siglo Diez y Nueve”,
19 de julio de 1867.
Tomo Quinto.
Págs. 3 y 4,

Cuando en Campeche se trataba de cumplimentar la orden recibida, estalló un motín en el cuartel donde se hallaba recluso Santa Anna, por lo que el gobernador Aznar Barbachano lo embarcó para Veracruz y lo puso a disposición del gobierno del centro.

Muy poco tiempo después de la caída de la plaza de Veracruz en poder de los republicanos, fué internado Santa Anna en la fortaleza de Ulúa, y el 17 de agosto de 1867 giró el ministro de Guerra Ignacio Mejía al gobernador y comandante militar de la citada plaza, general Alatorre, las instrucciones superiores que había recibido para que procediera a juzgar a Santa Anna con arreglo a la ley del 25 de enero de 1862.

Protesta del general Santa Anna:

Un poder ilimitado me persigue y abruma. Las actuaciones ilegales e injustas que veo proseguir, sometiéndome a una jurisdicción que he desconocido, no dan lugar a duda. Comprendo que se va a hacer pesar sobre mí una ley especial con designio determinado, aunque ello sea inaplicable al caso.

En mi primera protesta expliqué cuanto a mi favor había; y sin embargo se desatienden mis fundadas razones y mi patente justicia. Caído y oprimido, rodeado de situación tan pavorosa, sólo puedo oponer una segunda protesta en defensa de mis derechos menospreciados.

A la Nación en nada la he podido ofender: así lo he dicho. Ahora, con la frente erguida, digo más: que medio siglo la he servido, sin omitir sacrificio alguno. Soy el único de los caudillos de la Independencia que quedo vivo, aunque mutilado. Desde los primeros años de mi juventud consagué a esta nación mi vida y mi sangre: le he prestado eminentes e importantísimos servicios. La historia patentiza mis hechos y el mundo los atestigua.

Pues bien, un partido me persigue sin piedad. En mi ancianidad e inválido, ha relegádome a la miseria. Sin ser deudor al erario, ni a persona alguna, mis propiedades se han secuestrado: también fui despojado del suelo ganado al precio de mi sangre en tantos años. Se me ha calumniado atrocemente. Ningún tribunal ha intervenido en los despojos que se me han hecho: todo ha sido obra de la arbitrariedad, de los hombres que me hicieron la revolución y después ocuparon el poder.

Asaltado por los de Sisal, y extraído del buque donde regresaba para mi retiro, he sido tratado como un famoso pirata, en la mar aprehendido. En Campeche tuvo lugar un bárbaro simulacro. Al pisar el muelle, se me

colocó entre filas de soldados, y en medio de la rechifla se me paseó por algunas calles, no obstante saber que me falta un pie. El buen instinto del pueblo evitó la consumación de un atentado, cual seguramente era la intención del que dispuso aquel espectáculo. La ingratitud y la venganza, en toda su deformidad, han saboreado en su víctima. Para que nada me ligue con esta sociedad, ni el título de ciudadano me queda. Si la muerte de los ilustres próceres de la Independencia, Iturbide y Guerrero, mis compañeros de Iguala, se me prepara, me someteré a ella sin desdén, supuesto que tal es el destino de los que se distinguen en el servicio de su Patria.

En cuanto a mí ¿qué voy a reclamar? Mis hijos y mi esposa pedirán naturalmente lo que de justicia les pertenece. Por honor del país, y por su mejor bienestar, quisiera: que los sentimientos nobles de humanidad y patriotismo imperen sobre las malas pasiones.—A. López de Santa Anna.

**Arch. Militar de Historia
y Cancelados. Expediente
de Santa Anna,
Tomo 7.
Folio 1720.**

Juicio de D. Antonio López de Santa Anna:

Ayer a las diez y media de la mañana se instaló el Consejo de Guerra, que debe entender en este juicio, en el escenario del teatro de esta ciudad.

Al frente y en medio del proscenio estaba la mesa del presidente, a su derecha el ciudadano asesor y a la izquierda el ciudadano fiscal. Los capitanes vocales estaban a ambos lados, delante de la mesa: formaban el Consejo:

Presidente: C. teniente coronel Ambrosio Larra-
goiti.

Vocales: C. capitán de artillería José de J. Ferrer.
—C. capitán de Estado Mayor, Francisco Guevara.—C. ca-
pitán de ídem., C. M. Aguilar.—C. Capitán del Batallón
Fijo, Ignacio Pérez.—C. ídem., ídem., J. Martínez.

Asesor, C. Lic. Miguel Castellanos.—Fiscal, C. co-
ronel Guadalupe Alba.—Secretario, C. comandante de ba-
tallón, E. Gómez.

Este último se hallaba al lado del ciudadano fiscal.

El C. Alba comenzó la lectura del proceso, cuya lec-
tura continuó el secretario. En el cuerpo de la causa cons-
taban el parte del general Peraza de Yucatán, relativo a
la aprehensión del Sr. Santa Anna, la protesta de éste
al ser reducido a prisión; el oficio de remisión de la Co-
mandancia Militar de Sisal a la de esta plaza, al enviar al
preso; la orden del Ministro de la Guerra, para juzgarlo
con arreglo a la ley de 25 de enero de 1862, y algunos do-
cumentos publicados en tiempo del Imperio y antes, con
referencia al acusado.

También en el proceso se hizo mención de haber tes-
tado el Sr. Santa Anna, así como de la nueva protesta que
formuló en Ulúa, al principiarse las actuaciones, decli-
nando la jurisdicción militar; viniendo por último, la con-
fesión con cargos.

Sentimos no producirla íntegra, porque es interesante,
pero daremos una idea de sus principales puntos.

Se le hizo cargo de haber tratado desde 1854 de es-
tablecer la Monarquía en México, con la protección de los
gabinetes de Viena, Londres, París y Madrid: que des-
pués de esto, reconoció la Intervención, y que más luego,

cuando el gobierno no aceptó sus servicios, vino a este puerto, con el Sr. Vidal y Rivas, a procurar levantar una nueva bandera revolucionaria.

El acusado, si la memoria nos ayuda, negó algunos cargos, y de otros, como el primero, dijo que estaba adulterada la verdad y que por consiguiente no los aceptaba.

Luego que terminó la lectura de la confesión con cargos, el presidente del Consejo dió el uso de la palabra al ciudadano defensor.

Este dijo que desde los primeros juicios del mundo, los de Adán y Caín, había tenido lugar la acusación para que pudiera celebrarse el juicio; que por tanto pedía, que el ciudadano fiscal formulase en toda regla la suya.

El fiscal inmediatamente después, leyó su acusación, en la que repitiendo los cargos de que se habló en el proceso, pidió después de algunos considerandos la pena de muerte contra el acusado, con arreglo a la ley de 25 de enero de 1862.

Aquí debemos ocuparnos de un hecho que tuvo lugar al concluir el C. Alba la lectura del pedimento fiscal.

Parte del público aplaudió, y el ciudadano defensor, al hacer uso de la palabra, nos hizo comprender que había traducido mal aquel aplauso.

En honor de nuestro pueblo, en honor nuestro también, puesto que somos veracruzanos, debemos decir que el aplauso, en que por cierto no tomamos parte, se redujo a una prueba de atención al C. Alba, porque al leer la confesión con cargos y el pedimento fiscal, se hizo oír de una manera clara y agradable.

Por tal, hemos considerado esa manifestación, hija de un pueblo que, antes de ahora, y no hace mucho tiempo to-

tenido lugar, y por consiguiente al Sr. Santa Anna, hoy, debe considerarse general de división.

Entonces leyó un párrafo del "Monitor Republicano", de México, tomado de otro diario, en que se dice que un titiritero o cosa por el estilo, ha contratado un indio, cuyo nombre es Juárez, y que tiene mucho parecido con el ex-abogado Juárez. Y aquí tenéis, dijo, un saltimbanqui que declara ex-abogado al Presidente de la República: yo no sé, agregó, qué saltimbanqui habrá declarado ex-general al general Santa Anna.

El público aplaudió riendo al escuchar estas últimas palabras.

Luego continuó el C. Alcalde haciendo notar que el Sr. Santa Anna tiene una hoja de servicios, que no estaba allí. Y esos servicios, dijo, son grandes, de importancia, heroicos.—Hizo una relación de esos servicios, analizándolos separadamente; recordó con este motivo que su patrocinado fué el primero y el único que en 1821 asaltó a Veracruz, plaza que guardaban los españoles; que más tarde se posesionó de la ciudad, es decir, en octubre del propio año, pues el asalto fué en abril, obligando a los españoles a refugiarse en San Juan de Ulúa; que el Sr. Santa Anna fué el primer mexicano que con mano propia, clavó las primeras banderas independientes en Santiago y Concepción, y fué también el que diez y seis años más tarde, rechazaba a los franceses de esta plaza misma, perdiendo entonces un miembro de su cuerpo, al conquistar esa gloria para su patria: que dos años antes en Texas llevó la bandera más allá de lo que ninguno la había llevado, y que si bien había sido desgraciado en esa campaña el Sr. Santa Anna, lo fué como muchos otros; por haberse dormido como se durmió en El Borrego el Sr. Ortega, porque también el cansancio y la fatiga rinden la fortaleza humana cuando no esto, han solido los jefes subalternos no vigilar como se les encarga. Hizo notar que en Orazimba estuvo preso el general Santa Anna 56 días, arras.

trando una bala con peligro de ser sacrificado, por la terrible ley de represalias.

Recordó también las glorias de Tampico y notó que como el 27 de septiembre, el 11 no se celebra ya.

Hizo mención del comunicado del señor hijo del procesado y se ocupó del párrafo que La Concordia publicó ocupándose de éste.

Dijo entonces que el autor de aquel párrafo, o ignoraba completamente la historia de México, o había querido calumniar al general Santa Anna al decir que éste fué traidor cuando la invasión americana.

Un incidente, falto enteramente de importancia ocurrido en el pórtico del teatro, vino a interrumpir momentáneamente la sesión.

Restablecido el orden, o mejor dicho el silencio, se ocupó el C. Alcalde de la época en que llamado al país su defendido, fué recibido con flores, arcos y otras demostraciones de simpatía. En aquel tiempo, 1852, dijo, el Gobierno de Santa Anna, hizo algo bueno: él dió la ley de administración de justicia, él expidió la de ladrones y dió seguridad a los viajeros; en ese tiempo se promulgó el Código de comercio y hubo alguna paz.

Tocó a continuación el asunto de la Mesilla, y probó que los veinte millones que los Estados Unidos dieron por ella, ingresaron en las arcas nacionales. A la vez probó que sin aquella venta, habríamos perdido, por la fuerza, esa faja de tierra, pues los americanos manifestaron bien claro que la tomarían, si el Gobierno de México no la trataba y que sólo en esta alternativa durísima el general Santa Anna optó por la venta.

Tocó en seguida, la cuestión de incompetencia, y el presidente le preguntó si reclamaba la del consejo.

El C. Alcalde contestó que sí; pero que para formular su petición, necesitaba fundarla.

Entró, pues, de lleno a la cuestión de incompetencia, siempre con brío, con elocuencia, con bien razonados fundamentos. Expuso en este alegato y lo probó a la vez, lo inconstitucional de la ley de 25 de enero de 1862; y citó otras leyes vigentes, posteriores a aquélla, que de hecho la derogan. Leyó lo que la Ordenanza general del ejército dice respecto de los consejos de guerra, cuando previene de una manera incontestable, que éstos sólo se reúnan declarado competentemente el estado de sitio: leyó también los artículos de la Constitución Federal que favorecen al acusado, colocándolo fuera de la jurisdicción militar, y reclamó para él, el cumplimiento del artículo 28 de nuestra Carta Fundamental.

Incidentalmente trató del cargo que se dirigía a su patrocinado, de haber firmado una protesta de adhesión al Imperio, y dijo, aunque sin entrar por esto en defensa, que aquel cargo no tenía valor, porque el Sr. Santa Anna, como otros, había reconocido la intervención, por miedo, o con la esperanza de tiempos mejores, u obedeciendo un principio de derecho que manda engañar al que lo engaña a uno; que por tanto aquel reconocimiento era una farsa, y citó el caso del reconocimiento de otros individuos que, como su patrocinado, no lo desmintieron; porque temieron, como él, ser víctimas. Leyó en seguida un voto de gracias o exposición de los oaxaqueños a Maximiliano, y entre los firmantes leyó el nombre del actual gobernador de Oaxaca. Y Santa Anna, dijo, no reconoció ni ayudó y fué a Ulúa, y el Sr. Castro reconoce y ayuda, y va al gobierno de Oaxaca.

Trató de un episodio de la historia de Francia en que figura el mariscal Ney.

El rey Luis XVIII ordenó la formación de un consejo de guerra para juzgar a Ney, acusado de alta traición, por ha-

berse unido a Napoleón I, y nombró jefe de la comisión militar a un general francés. Este, agregó el C. Alcalde, rehusó el cargo: entre su rey y su conciencia, prefirió lo último. Se reunió no obstante el consejo y establecida la incompetencia, deliberó. La sentencia fué declararse incompetente por estar en pugna su existencia, con el código fundamental francés.

Entonces, dijo el defensor, el rey Luis expidió otra orden para que el mariscal fuese juzgado por la Cámara de los Pares; yo pido, señores, agregó, que el Juez de Distrito entienda en esta causa.

En apoyo de la justicia que le asistía para este pedido, refirió lo acontecido en México con el actual Ministro de Guerra, acusado por el general Díaz de pecado análogo al del Sr. Santa Anna, y leyó el acuerdo recaído en la solicitud del Ministro para que se le forme juicio, cuyo acuerdo ordena que entienda en el negocio el Juez de Distrito.

Después, con infinitas razones más, demostró la incompetencia del Consejo, y éste pasó a sesión secreta para deliberar.

Eran las cinco de la tarde. El teatro estuvo completamente lleno.

Esta es una breve reseña de lo acurrido en el juicio de ayer; reseña que debe adolecer de no pocas faltas, en atención a que todo lo referido lo debemos a nuestra pobre memoria. El C. Alcalde debe, pues, disimularnos si algo omitimos; y sobre todo, si no damos a sus palabras ni la fuerza ni la convincente elocuencia que él.

Para terminar sólo nos resta consignar nuestro orgullo en ser compatriotas del C. Alcalde, honra del foro mexicano, a quien de todo corazón felicitamos, dándole a la vez la enhorabuena más cumplida.—Mucho más se merece.—

Próximamente nos ocuparemos detenidamente de este mismo asunto, a reserva de tener a nuestros lectores al corriente de lo que ocurre entretanto.

No debemos, sin embargo, callar la actividad y celo manifestados por el C. Alba, como fiscal de la causa.

A últimama hora:

A las ocho y media de la noche el consejo se declaró competente: por tanto, hoy debe pronunciarse el fallo, después de oído el defensor.

D. Antonio López de Santa Anna, ha sido sentenciado por el consejo de guerra, a ocho años de destierro. Dios nos preste vida para ver la acta de su pronunciamiento en 1875.

“El Monitor Republicano”,
13 de octubre de 1867.
Núm. 4766.

(Continuará.)